

Rencor

NEFELIBATA



Gianrico Carofiglio

Rencor

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

Siempre lo veía en el parque el sábado o el domingo. Llegaba a la zona en la que suelo entrenar, se sentaba en un banco, no demasiado cerca ni demasiado lejos de los aparatos, sacaba un libro y un cuaderno de su mochila, se ponía a leer y, de vez en cuando, tomaba notas. Aunque hiciera frío. A veces levantaba la cabeza y echaba un vistazo a su alrededor con una expresión de curiosidad, como si precisamente en aquel momento se hubiera dado cuenta de dónde estaba.

Un día nos cruzamos y él se agachó para acariciar a Olivia. Olivia es un *bull terrier*. No es agresiva con los desconocidos –a menos que perciba un movimiento sospechoso dirigido a ella o a su amiga Penelope–, pero tampoco es sociable. Se deja acariciar, eso sí, pero con una indiferencia absoluta. Ya sé que estoy atribuyendo a un animal categorías interpretativas que se adaptan mejor a las personas (aunque no a todas), pero me gusta pensar que Olivia, lo mismo que yo, detesta las actitudes paternalistas y condescendientes, y trata de no establecer relación alguna con quienes hacen gala de ellas.

En cualquier caso, el tipo dijo «buenos días» y se agachó para acariciarla, sin preguntar si era peligrosa. Le puso una mano en el cuello y le acarició, con el pulgar y el dedo corazón, las comisuras de la boca. Olivia parecía encantada, le ofreció la garganta voluntariamente y meneó el rabo con alegría. Incluso ella –supongo– parecía sorprendida por lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo se llama?

Estuve a punto de responder que Penelope, pero era obvio que se refería a la perra.

—Olivia.

—Un nombre muy bonito. Es una preciosidad. Que vaya bien el entreno —se despidió mientras se alejaba.

Desde entonces nos saludábamos, casi siempre con un gesto desde lejos.

Incluso aquella mañana de domingo. Él estaba en el banco con su libro, yo entrenaba con la misma determinación neurótica de siempre.

Habían pasado puede que unos diez minutos cuando escuché a mi espalda un alboroto de gritos desesperados, ladridos rabiosos y gañidos. Me giré y vi a dos perros enzarzados en una pelea: el de encima era negro, el que estaba debajo blanco. Justo al lado, una mujer gritaba y pedía ayuda.

Todo ocurrió muy rápido, mucho más rápido de lo que se tarda en describirlo. Solté las paralelas en las que me estaba ejercitando, le dije a Olivia —que estaba atada a un árbol— que no se moviese de allí y me dirigí hacia la pelea, aunque sin saber muy bien qué podía hacer yo. Mientras iba hacia allí busqué con la mirada un palo o algún otro objeto que pudiese resultarme útil. Y entonces vi al hombre del banco, que me adelantaba corriendo, cogía al perro negro por las patas traseras, lo levantaba y lo lanzaba a un par de metros de distancia. La bestia —parecía un mastín italiano— rodó de forma violenta y, al levantarse, pareció medio aturdido. El hombre se le acercó, demasiado, y empezó a hablarle en voz baja mientras el perro blanco —en realidad era un dálmata— huía perseguido por su dueña, que parecía al borde de una crisis nerviosa. Un segundo más tarde apareció en mi campo visual un hombre de unos sesenta años que corría en nuestra

dirección renqueando un poco, con una correa en la mano. El moloso estaba inmóvil, parecía hipnotizado. Cuando por fin llegó su dueño –que pedía disculpas a todo el mundo y a nadie en particular– se dejó poner la correa y lo siguió sin oponer resistencia. Parecía difícil creer que fuera el mismo animal que segundos antes había estado a punto de despedazar a un dálmata. Después de que los dos perros se marcharan con sus respectivos dueños, la atmósfera volvió a ser la misma de siempre, aunque de un modo casi irreal.

–Nunca había visto nada igual –dije.

–Para separar a dos perros que se pelean –respondió él– solo hay dos métodos eficaces y relativamente poco arriesgados. Un cubo de agua o lo que he hecho yo.

–¿Y a usted le parece poco arriesgado? El perro podría haberle mordido...

–Si se sabe cómo hacerlo y se actúa sin vacilar, es difícil que eso ocurra. El perro no puede morder si lo levantan por las patas traseras y, por lo general, después se le quitan las ganas de buscar pelea. O, al menos, de forma inmediata. La cosa cambia cuando se trata de un perro adiestrado para luchar.

–Por suerte, ese perrazo no entraba en esa categoría.

–Por suerte.

–Me ha parecido que le susurraba algo.

–Era para que se tranquilizara y para que el otro perro y su dueña tuvieran tiempo de marcharse. Lo que se diga da igual, lo importante es el tono.

No tenía aspecto de bruto. Gafas, estatura media, compleción normal o, mejor dicho, un poco delgado. Más cuerpo de corredor de fondo que de lanzador de peso.

–Se le dan bien los perros. –«Qué frase más tonta», me dije nada más pronunciarla. Me gustaría aclarar que a veces digo cosas más inteligentes.

–Me gustan los perros. Hace años me divertía adiestrándolos, ahora tengo menos tiempo. El mío murió hace unos meses.

–Lo siento.

–Cuando a alguien se le moría un perro muy querido, yo siempre aconsejaba adoptar un cachorro de inmediato. Es lo mejor que se puede hacer: mantiene el equilibrio y evita que en nuestra mente transformemos a los animales en seres humanos. Y a pesar de que es lo mejor, yo no lo hice. Actué, por así decirlo, de la forma que consideraba más equivocada en los demás: adoptar otro cachorro habría sido como traicionar a Buck. Vaya estupidez, ¿no?

–¿Buck como el perro de *La llamada de lo salvaje*?

–Sí, exacto. Felicidades, hoy en día ya no lo recuerda nadie.

–¿De qué raza era?

–Una mezcla de sambernardo, es decir, la raza de Buck en la novela, y pastor belga. Daba un poco de miedo al verlo, pero era buenísimo.

Nos quedamos allí unos segundos. Estuve a punto de preguntarle qué leía, pero temí que esa pregunta me hiciera parecer insensible ante su luto canino.

En aquel momento, Olivia –que seguía esperando pacientemente– soltó un único, aunque justificado, ladrido de protesta y frustración. Es una perrita poco locuaz: cuando dice algo es porque tiene un buen motivo.

–La llama, y con razón. Nos vemos por aquí un día de estos –dijo él.

–Nos vemos –respondí yo.